

MERCADO DE ABASTOS DE ZAMORA

A lo vivo

JUAN CARLOS
BENÉITEZ IBÁÑEZ

LUIS RAMOS
DE LA TORRE



EL PODER DE ATRACCIÓN DEL MERCADO DE ABASTOS

Francisco Guarido Alcalde de Zamora

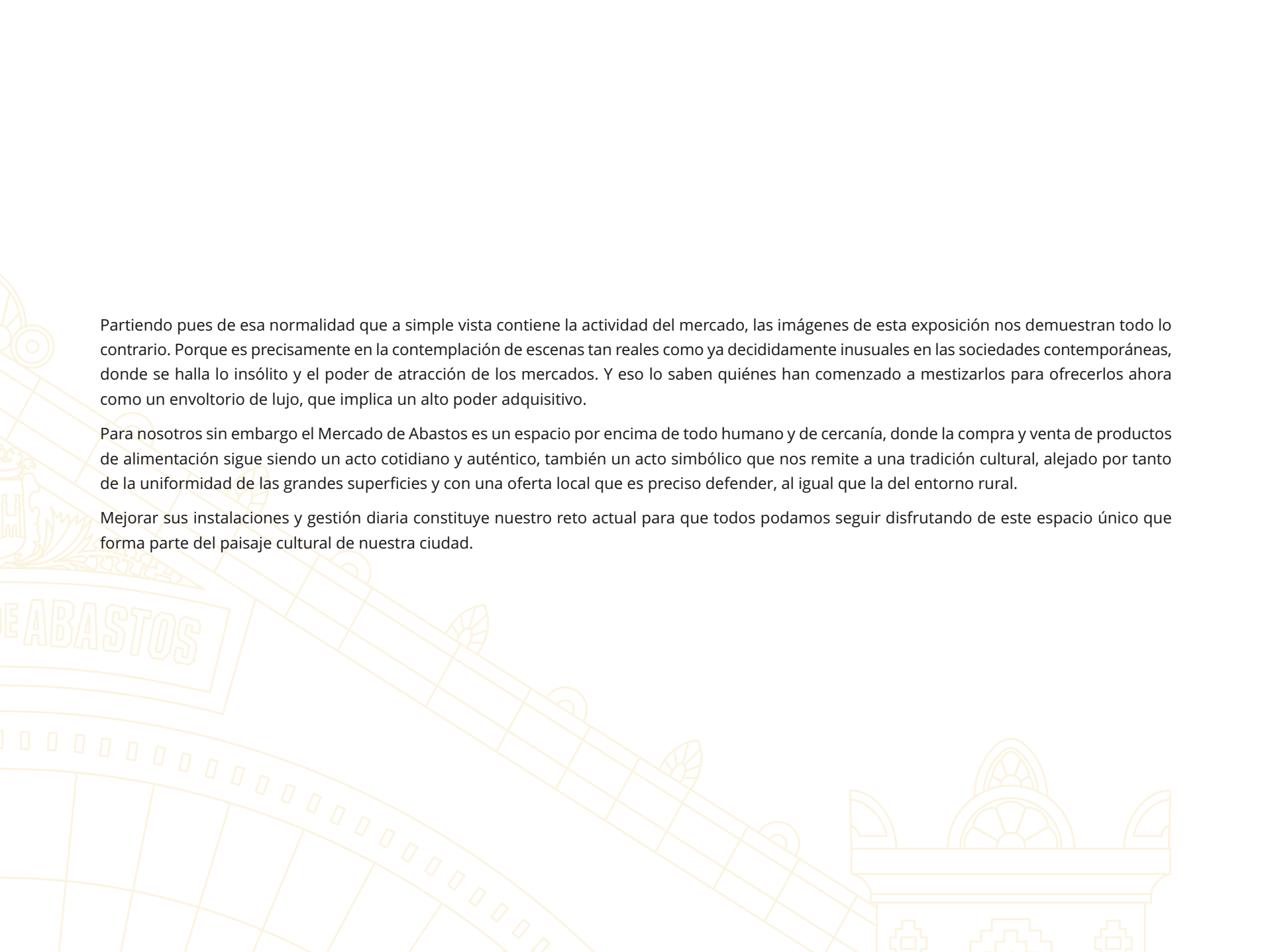
Siempre los mercados han conseguido captar a su alrededor un especial interés que trasciende la pura necesidad de abastecerse y se acerca a una experiencia más vital y directa, profundamente humana, como es el trueque vivo que se organiza en torno al intercambio de mercancías, el origen en fin de todo comercio.

Y es en la posibilidad de participación en esa actividad donde reside en gran parte la capacidad de interesar de los mercados y una de las razones por las que aún se mantienen en pie estos viejos edificios, que en cualquier ciudad atraen siempre a gentes de muy distinta condición.

El Mercado de Abastos de Zamora es una construcción importante desde el punto de vista patrimonial, obra del arquitecto Segundo Vilorio, quien diseñó este edificio de hierro y ladrillo que resultaría fundamental para mejorar la calidad de vida en la ciudad de principios de siglo XX, cuando fue levantado. Y a pesar de los continuos cambios que se han producido en la sociedad respecto a la venta y distribución de productos, sigue conservando la principal función para la que fue creado a instancias municipales hace más de cien años, que es la de proveer de productos frescos a la población.

Hoy constituye además un lugar de referencia para los productos locales y de calidad, que encuentran en este ámbito el espacio ideal para promocionarse de manera cercana y natural ante los consumidores y compradores fortuitos, también turistas, que indefectiblemente se acercan hasta él atraídos por ese aura mercantil de otro tiempo.





Partiendo pues de esa normalidad que a simple vista contiene la actividad del mercado, las imágenes de esta exposición nos demuestran todo lo contrario. Porque es precisamente en la contemplación de escenas tan reales como ya decididamente inusuales en las sociedades contemporáneas, donde se halla lo insólito y el poder de atracción de los mercados. Y eso lo saben quiénes han comenzado a mestizarlos para ofrecerlos ahora como un envoltorio de lujo, que implica un alto poder adquisitivo.

Para nosotros sin embargo el Mercado de Abastos es un espacio por encima de todo humano y de cercanía, donde la compra y venta de productos de alimentación sigue siendo un acto cotidiano y auténtico, también un acto simbólico que nos remite a una tradición cultural, alejado por tanto de la uniformidad de las grandes superficies y con una oferta local que es preciso defender, al igual que la del entorno rural.

Mejorar sus instalaciones y gestión diaria constituye nuestro reto actual para que todos podamos seguir disfrutando de este espacio único que forma parte del paisaje cultural de nuestra ciudad.

MERCADO DE ABASTOS: A lo vivo

Luis Ramos de la Torre

Igual que sucede con los Teatros o los Templos, los Mercados de Abastos son «lugares» en los que lo fundamental se produce en las relaciones que se establecen entre las personas que en ellos comparecen y el tiempo de vida conjunta que comparten unos con otros desde la liturgia, las costumbres o los ritos que se han venido configurando en el tiempo a través del intercambio de identidades y reconocimientos, de miradas y gestos, de conversaciones y productos, de compras y de ventas. Modos de relación y comportamientos típicos de los espacios donde lo parroquiano y lo cercano siguen estando vivos, y en los que la lentitud y el sosiego definen las claves fundamentales de este tipo de actividades y encuentros.

Por el contrario, en los denominados «no lugares», definidos por la sobreabundancia y la aceleración, típicos de la llamada «sobremodernidad», y ayudados por el tan traído y llevado concepto de autoservicio, tales como las grandes superficies, las gasolineras, los centros comerciales o los aeropuertos, por ejemplo; las relaciones que se producen son exclusivamente de oferta de cosas, de colores, de ruidos, de artículos o de productos que se intercambian en un proceso continuo de anulación y anonimato de las personas, reconocibles e identificadas únicamente por las cajas registradoras, y por la mera numeración desidentificadora y continua de los participantes en ese frío intercambio caracterizado por lo bullanguero, las prisas y la conversión de los parroquianos y clientes en simples transeúntes comerciales.

Los Mercados de Abastos son, por fortuna, relacionales, identificadores e históricos; dado que están llenos de nombres de personas, experiencias, herramientas y cosas que vivieron o viven, y runrunean aún entre la clientela y el tiempo detenido en las palabras, las imágenes, y los gestos, es decir entre la vida:

Serapio, Cipriana, Natalio, Chenchá, Villalba, Consola, Clavo, Balbina, Ledesma, Casilda, Benjamín, Piedad, Agapito, Nana, Teodoro, Santana o Perpetua...

Antonio el Florista, El Naranjita, Bártulos, Amador, Lorenzo el Churrero, Geminiano, Pepe El Centauro, La Chata, Ramón el Pescadilla, Antonio el Gañoño, Germán el de La Bombilla, Ramón Abrantes, Vito el de La Flota, el barman del bar La Oficina, la señora Encarna..., nombres y apodos de gentes de bien que sonaban y siguen sonando con respeto y admiración entre nosotros y el tiempo siendo y dando vida, porque las arcadas y los pasillos de este lugar señero conservan, y conservarán mientras estén en alza, esa marca inexpugnable de clara identidad y sana relación que queda para siempre abierta en Mercados de Abastos como este.

El Mercado de Abastos de Zamora
es un templo entregado a los oficios,
un zaguán de empedrada cercaña,
una corona alzada de ladrillos,
ofreciendo a las gentes su saeta:
majestuosa trenza de tres picos.

¡Vengan! El sol se ha congelado y brilla
entre sus rayos ahora de vidrio.
Y a la materia abraza y se dispone
dándose a la razón y al equilibrio.

¡Adelante, no se queden en las puertas!
¡Abran su corazón y sus sentidos!





Rótulo tras rótulo ofreciéndose
entre puestos de venta y de recuerdos,
los pasillos del Mercado de Abastos son las calles
de la materia dándose en silencio.

-Por calidad, por confianza, por...-
reza el eslogan y la propaganda.
Los huecos traen las huellas del pasado,
el rumor de la gente y de sus charlas:

lo demás es la vida simplemente
entre pizcas de sueños y juegos de infancia.

Todas las conversaciones posibles.
Todas las preguntas y respuestas probables
que se han dado a lo largo de los años
en los rincones, en los rumores o en los silencios
del Mercado de Abastos,
han quedado guardadas , contenidas,

en el secreto y el gesto de estos ojos
que acogen cuando miran,
y expresan sin palabras
la sencilla y eterna bienvenida
de las vendedoras.





¿Y quién le explica al arcoíris ahora
convertido ya en hierros y en espejos,
que le cuelga la luz de la ilusión,
la que se ofrece abierta entre los puestos
al rumor crucial de los parroquianos,
a la conversación y al aire lento?

ELGADO

Ni los cartones ni el plástico saben,
ya sea por origen, ya por su materia,
de básculas, de cajas, o mandiles,
pero en ellos aprenden sus oficios y se entregan
a la savia manual de los fruteros:

¡Al ojeo, al ojeo, sin más,
estad alertas!
¡Que viene la clientela!
¡Abrid las puertas!





Y allí:
piedra, cristal, hierro y ladrillos,
y entrando por la puerta
el canto de las Águedas,
su colorido.
¡Decidles que no dejen de bailar,
que sigan sus estrofas y estribillos!



De la cámara frigorífica al mandil,
toda una vida haciendo
de la compra y la venta «su abril, aguas mil».



Para poder demostrar un buen orden al cliente, no es necesario vender en un Mercado de Oriente.

¡Cuánto cuidado se pone, cuando piensa en la gente!



Las básculas inquietas
en su interrogación,
se preguntan preocupadas
por el peso.

¡Gran cuestión!

El número y la duda,
la cifra y la razón.
¡Aritmética del aire!
¡Filosofía en acción!



La carne vuela al golpe,
hacha certera.
La mano frente al potro
de la madera.

Carne, hacha y mano,
sin aspavientos,
ajustando el temblor
al movimiento.

Las cortinas cerradas
contra la luz del día,
y dentro un homenaje
a la Geometría:
Mercado y Matemáticas,
en sintonía.



Y el tendal del aire limpio agradece
la voz sincera de la vendedora,
Tan natural y tan serena

como la ilusión que se ofrece a la mañana:
¡Pasen, vengan!
¡Pasen y vean!



El Mercado es un templo,
un teatro que acoge
la liturgia del canto,
el baile de las Águedas
vestido de colores
y a la sazón alegre:

¡Míralas cómo cantan,
cómo cambian sin prisa
la tristeza por aire!



El espejo se trenza en la mirada
blanca, como el mandil,
tan blanca,
como esos ojos que no se ven y miran
ajustando la mano a la presión del labio.

¡Cuánto se dice a veces sin palabras!
¡Cuánto queda guardado! ¡Cuánto!



Las manos y el hombro, tres.
La carne y los hombres, tres.
La tienda, el camión y la calle, tres.
Tres el origen, y tres en concierto:
¡Lo congelado, lo frío y lo fresco!





Guantes, batas, manguitos,
cuchillos, ojos: ¡Atentos,
que el pescado está vivo
y en movimiento!

¡Agallas de vida al corte!
¡Pescadería!
¡Que siga el ritmo y la venta!
¡Que vibre el día!

Cuchillos y mandiles
y la carne que espera
la mirada segura
de otro corte perfecto.

Nada como los músculos
ajustando palancas
para hacer del oficio
la fe del carnicero.





Manteos y toquillas,
refajos y mantones,
Águedas, alegría,
y pícaras canciones.

¿Cuándo tuvo el Mercado,
mejores prestaciones?



Mientras alguien mira por *hobby* desde el bar,
la carne viva avanza decidida
sacando a la carne muerta de paseo.

¡Al oreo, al oreo, lento,
que es de día!
La esquina es el testigo:
¿Quién lo diría?
¡No todo va a ser trabajar!



Hay básculas que sienten
el temblor de los dedos,
y básculas curiosas
que preguntan, colgantes:

La respuesta es el peso.

Por eso la vendedora
con la cifra en los labios
no quiere equivocarse
al ajustar la cuenta.

Sí, sí;
no está en el viejo bar de *La Oficina*,
pero podría ser un personaje
de Antonio Pedrero en el célebre
cuadro de *La Golondrina*.



El tres es de los números
el favorito.
Tres suman las personas.
Tres los focos.

Tres son los colores.
Pero el bonito...
está solo y parece
rojo infinito.



En estos tiempos modernos
se cambian los manguitos por tatuajes,
los mandiles de rayas por chalecos,
los sueños y relatos por viajes.

¡A la ea, ea!
¡Todo por el cliente!
Sea quien sea.



¡Alas baratas de gallinas, pollos.
Pechugas frescas, muslos y cachuelas!
¡Compren, que vendo! ¡Saquen las cazuelas!
¡Acérquense que hoy es día de chollos!

Rumores, sonidos, historias del Mercado,
que recuerdan relatos de la infancia
y en ella, como el aire, se han quedado.



¡Sin manos!
A la suerte siempre
se la tienta sin manos.

Seguros.
¡Gustándose!
Haciéndose sin miedo al equilibrio
con la mano apuñada en el bolsillo
o templando el aire.

Es la suerte.
¡Sin manos!
¡Funambulistas,
genios de la vida!





Pocas veces se ha hablado,
y es hora de decirlo,
del temblor inocente
que muestran los cuchillos,

de su espejo de miedo,
de su paciencia innata.

Otra cosa sería,
son palabras mayores,
comentar, por ejemplo,
su forma de adaptarse,
de darse a la muñeca,
de hacerse cortadura:

Todo en ellos: empuje,
esfuerzo, fiel oficio.
Su tesón brilla siempre
desde el puño hasta el filo.

Elegantes, inquietos.
¡Observad los cuchillos!

¡Al paso, al paso!

¡Al trote, al trote!

Con brío, así, y con garbo.

¡Que no pese la vida!

¡Que no se note!



Panderetas y manos que voltean
al aire y al sol hoy como peles,
han tapado la verja de la puerta
con su baile y sus cantos de aguedicas.

Nunca fue el hierro más blando y nunca más suave.
¡Ya han abierto febrero y cunde el año!
¡Cunde el Mercado igual que cunde el canto!
¡Cualquiera pone freno a tanto ímpetu!:
¡Tiembla el suelo al socaire de su paso!



El frío no entiende de piedras ni ladrillos,
no sabe de berzas ni de patatas.
No entiende del hierro ni del plástico,
ni sabe de básculas ni de cajas.

Pero entiende de abrigos y de mantas
y conoce el secreto matutino
que queda en el calor de las bufandas,
en el bullicio de las Marquesinas,
en el rigor crucial de las miradas:

¡Las escarolas, muy buenas,
las lechugas van baratas,
la coliflor un regalo...:
¡Venga, por favor, muchacho,
deja tranquila la cámara!





Y llegada la tarde,
¡adivina, adivinanza!,
la limpieza, sin pausas,
se pone en danza
entre el brillo del suelo,
los arcos del cielo,
y las balanzas.

¡Transparencias y vértices,
paralelas y flechas
que al aire alcanzan,
y todo queda en su punto!

¡Adivina, adivinanza!



AYUNTAMIENTO
DE ZAMORA

MERCADO DE ABASTOS

MERCADO DE ABASTOS: A lo vivo | Zamora 2017

Fotografías **Juan Carlos Benítez Ibáñez** | Textos **Luis Ramos de la Torre**

Soporte **I. Primo Mielgo** | Diseño **Martinde** | Impresión **Gráficas Artime** | Dep-Legal **ZA 138-2017**